

Consagración de dos escritores

ONETTI, el áspero

Onetti asegura estar cansado de Onetti, tanto Onetti, reportajes, notas, críticas, artículos: el nombre en letras de molde en todos los diarios ahora que Montevideo descubrió que albergaba a este gran escritor entre sus paredes grises. Por eso no es fácil acercarse al hombre y penetrar en él; cosa difícil atravesar la corteza áspera, convertida casi en mito, que, según dicen, lo recubre. Falló una primera tentativa: el escritor dejó dicho “no estoy, perdón”; al dorso del mismo papel el cronista escribió “estuve, perdón”. Pero a la segunda sí, el diálogo fluyó, cordial, sincero, aunque el escritor poco o nada quiso decir acerca del premio nacional, el primer premio, que acaba de honrar su obra de los dos últimos años. A lo sumo, murmuró algo así como que sería muy lindo que el Uruguay instituyera un premio de cien mil dólares para sus escritores; “De todos modos –dijo– los premios no se cobran. En el 59 me dieron un premio de mil pesos; en el 60, uno de dos mil. Todavía no vi un centésimo. ¿Y se da cuenta el prestigio que le daría al Uruguay, un premio de cien mil dólares?”

Juan Carlos Onetti fue el primer secretario de redacción de *Marcha*, allá por el año 39. De aquella época datan sus primeras ediciones: “El pozo”, una novela en borrador, se imprime en una minerva que Casto Canel y Juan Cunha habían comprado con propósitos editoriales. “*Excelentes muchachos –recuerda Onetti– pero como comerciantes eran un desastre; publicaron aquellos 500 ejemplares, yo les hice un dibujito de Picasso para la tapa, pero no distribuyeron más de 25 o 30, entre la librería Barreiro y la Biblioteca*”. Poco antes, cuando todavía cargaba bolsas al hombro en el Servicio Oficial de Semillas, había escrito otra novela, “Tiempo de abrazar”, de la cual se publicó un capítulo en *Marcha*. “*Perdí los originales, pero alguien, no sé quién, ha de tener alguna de las copias que había hecho*”. Después, por el año 40, Onetti no recuerda bien, gana un concurso de Losada con otra novela: “Tierra de nadie”. Desde entonces diversas editoriales argentinas editan “Para esta noche”, “La vida breve”, “Los adioses” y finalmente “El astillero”, recientemente publicado por la Fabril Editora. En Montevideo *Marcha* y *Alfa* dan a conocer “Una tumba sin nombre” y “La cara de la desgracia”, novelas cortas y brillantes, de rápida venta. Tiene tres novelas largas en preparación y en algún cajón guarda cartas de Gallimard y “*alguna otra editorial francesa, no recuerdo el nombre*” que le proponen adquirir los derechos de autor de las últimas novelas, para difundirlas en Europa.

Un hombre, el personaje clásico de Onetti, Onetti mismo, quizá sufre el horror de la incomunicación humana, en silencio y de verdad; contempla las manchas de humedad en el techo y las volutas de humo

del cigarrillo que cuelga de los labios, tendido sobre una cama, las manos sobre la nuca, escuchando los pasos y las risas de una mujer que vive pared de por medio, en la pieza de al lado. Hay olor a humedad, el personaje está solo, solísimo, preso dentro de la propia piel y pasarán las páginas y las páginas y no descubrirá salida para su pesadilla. La novela puede terminar de dos maneras diferentes, o de tres, como en un juego, como en la vida, las cosas pueden ocurrir, dejar de ocurrir, no haber ocurrido nunca, ocurrir de distintos modos a la vez; el lector agudo o el crítico inteligente, que los hay, pueden dar con la clave sin dificultad. El escritor dice su dolorosa verdad, de eso se trata y escribir es para él como un oficio de desgarramientos.

“La aventura del hombre enfrentado a su destino, o a su vacío de destino”, así lo define el propio Onetti, y agrega: “Pero tiene que salir de adentro. Yo escribo por ataques; a veces me paso meses y meses y no se me ocurre nada, pero siempre sé que va a volver, que siempre volverá. Y vuelve: en el momento más inesperado, el tema llega y lo domina a uno. Cuando uno se pone a buscar el tema, como hacen algunos que no quisiera nombrar, pensando que está bien escribir esto y mal esto otro, entonces uno no es un artista. Podrá ser un correcto escritor, pero no un artista”.

—Faulkner, quién sabe por qué, dice en los reportajes que la inspiración no existe. Solo la disciplina, dice. Y Faulkner, o por lo menos su estilo, tiene mucha influencia sobre Onetti. ¿Inspiración o disciplina, Onetti? ¿Le parece que Faulkner se da cuerda, como un reloj?

—Mentiras, mentiras de Faulkner. Me consta que escribe borracho como una cuba, tirado en un granero. Y en el hospital de Memphis —Memphis, el pueblo de Faulkner—, tiene una cama reservada para él. Dos por tres le vienen ataques de delirium tremens y cosas así. Como le digo, siempre tiene una cama lista. Y es un genio, Faulkner.

—Yo viví en Buenos Aires muchos años, la experiencia de Buenos Aires está presente en todas mis obras, de alguna manera; pero mucho más que Buenos Aires, está presente Montevideo, la melancolía de Montevideo. Por eso fabriqué a Santa María el pueblito que aparece en “El astillero”: fruto de la melancolía de mi ciudad.

—Hay quien dice que la suya es una literatura de evasión; el exquisito arte de la fuga.

—Usted sabe que no hay nada de eso. El escritor está sometido a su compromiso esencial con la condición humana: solo que yo creo que el mensaje se tiene adentro, y sale. Ahí tiene a Balzac, por ejemplo, pintando una sociedad entera y quizá jamás se propuso hacerlo; lo hizo, simplemente. El medio influye sobre el escritor sin que el escritor pueda siquiera darse cuenta de ello; cada cual lleva al medio dentro de sí. En el sur de EE. UU., ahí tiene, el medio ha de haber influido como en un proceso de ósmosis sobre los escritores: Faulkner, Cadwell,

Mc Cullers, no se pueden haber confabulado todos para mentirnos. Esa atmósfera sureña de sexo y violencia está alrededor de ellos y en ellos mismos. Supongo que a mí me pasa algo parecido. Pero ahora me tengo que ir, es una lástima, anoche no pude pegar los ojos.

Y se despide con voz ronca, Onetti, el áspero; *hasta la vista y gracias*, dice.

La simpatía de Paco

A Paco Espínola, le gusta hablar, contar cosas de la tierra y de los hombres, y habla muchísimo y donde sea, aunque un escritorio, un café y un cigarrillo bien armado tengan que sustituir el añorado fogón, el mate y el tabaco virgen saboreado en chala. Pero, en cambio, Paco escribe poco. Y cuando escribe, es como si estuviera hablando: un taquígrafo de sí mismo. Traslada no solo su estilo oral al papel, sino también la propia experiencia. “Sombras sobre la tierra”, la novela donde obra y escritor ascienden en comunión íntima, no es otra cosa que la descripción de su propia experiencia en los bajos fondos de San José. En San José viven las personas que son personajes de “Sombras sobre la tierra” y en la novela alienta la nostalgia, la necesidad de amor y cercanía del autor.

Salvo alguna excepción, todas las narraciones se ambientan allí, en el escenario natal. Desde “Raza ciega”, publicado en 1926, a “Rodríguez”, el último cuento, escrito en el 58, la trayectoria narrativa de Espínola exhibe ese arraigo del escritor metido hasta la punta de los pelos en su medio original, al que permanece apegado y guarda fidelidad, aunque viva en la capital y viaje dos por tres muy lejos. También su estilo es reconocible, no bien se cruzan algunas palabras con Paco; agrega eso sí, a su manera de decir (“flaco él, muy doctor”), un conocimiento profundo de las leyes del idioma y de la estructura narrativa, que se suma con excelentes resultados a una fina sensibilidad poética y un sentido del humor lleno de compasión y ternura.

Paco afirma que ha cambiado, sobre todo, el contenido de sus obras. Dice: “Al principio había una cosa primitiva y bárbara en mis relatos, pero ahora no, viste, los últimos son tristes, tienen una cierta melancolía”. Tristes en el sentido que quería Cervantes, cuando dice en “*Los baños de Argel*”: “Y tiene aquel tono triste con que alegrarnos solemos”. Los dos versos sirven precisamente de acápite a “Don Juan el Zorro”, obra conocida parcialmente por fragmentos publicados aquí y allá, que tiene ya más páginas escritas que “Sombras sobre la tierra” y muchas, todavía por escribir. “*La empecé como una narración oral —explica Paco— alguien que cuenta algo, tú sabes, como una melodía para piano; después la orquesté, le di juego a los demás instrumentos. La reescribí íntegra más de una vez; al principio los animalitos*

(todos los personajes son animalitos) andaban sueltos, nomás, sobre las patas; después los hice montar a caballo y entonces modifiqué la distancia y el tiempo”.

En “Juan el Zorro”, además, Paco confirma una tendencia estilística que ya asomaba en los diálogos filosóficos de “Milón o el ser del circo” y que Paco define a propósito de las modificaciones que está introduciendo a “Sombras sobre la tierra” para su edición argentina: *“Los diálogos dialectales que no son imprescindibles, los suprimo. Y en la generación de ustedes muchas de las palabras que eran corrientes allá por el 30, dentro de diez años habrá que tener un vocabulario a mano para entender ese lenguaje”*. Está muy orgulloso de su “Don Juan el Zorro”, aunque todavía no lo haya dado a conocer al público más que a pedacitos, como haciéndose desear. Dice que no termina la novela porque no le queda tiempo y además necesita *“un estado especial de espíritu que no es habitual en mí.”* Pero en los capítulos ya escritos, Paco se siente realizado, culminado: *“Juan el Zorro’, más bien que novela, es un largo poema; en este mundo, sin comprensión, sin perdón recíproco, no hay solución. La cuestión económica es importante, pero sin lo otro, no arregla nada. En esta obra me jugué entero, me estoy jugando”*.

Y concluye: *“Hay escritores como yo, o mejores. Pero en “Juan el Zorro” yo quiero usar muchas cosas que aprendí de los clásicos, las seis o siete funciones de las comparaciones, por ejemplo. Son instrumentos con los que sabés que podés contar, está muy empobrecida la literatura actual; tocan el piano con un dedo. Decí que hay escritores que son unos fenómenos, pero creo que hay que aprender la lección de los antiguos maestros”*.

Diálogo olímpico

Francisco Espínola y Juan Carlos Onetti recibieron un importante regalo de fin de año, de manos del Ministerio de Instrucción Pública. Al primero se le adjudicó el Gran Premio Nacional de Literatura, en mérito al conjunto de su obra; al segundo, el Primer Premio por la mejor obra publicada en los dos últimos años.

Bien dicen que los extremos se tocan; Paco y Onetti tienen temperamentos distintos y opuestos, la hosca timidez de Onetti parece la contracara de la desbordante simpatía de Paco. Sin embargo, ambos están unidos por una amistad que hunde sus raíces muy en lo hondo del tiempo. La primera y única nota que se escribió sobre “El pozo” cuando esta novela fue editada, heroicamente, allá por el año 39, llevaba la firma de Francisco Espínola. Y a la inversa, una de las pocas veces que Onetti escribió sobre algún escritor para elogiarlo, se trataba precisamente de Paco y su obra. Además está decir que esta mutua consideración, mezcla de cariño y respeto recíproco, nada tiene que ver con el intercambio de elogios, margaritas y hortensias que se arrojan entre sí ciertos mediocres intelectuales vernáculos.

Esa vieja amistad, alimentada, así, por el sacrificio y también por la compasión que ambos sienten, de distinta manera, cada cual a su modo, por la condición humana, lejos de desaparecer se ha ido fortaleciendo con el tiempo. El otro día, durante la recepción que les ofreció a ambos la Embajada de Chile, tuvieron oportunidad de quedar solos, apoyados contra una chimenea, por un momento. Entonces se dijeron algo así:

PACO –Que suerte que tenemos, che: ¡todos nos quieren!

ONETTI –Es verdad.

PACO –¿Te das cuenta? Hasta los demás escritores están contentos con nuestros premios. Es raro que no sientan celitos, la envidia es humana, y además, tantas cosas que los diarios dicen de nosotros estos días...

ONETTI –Quién sabe por qué será.

PACO –Andá a saber.

Hubo entonces un silencio más o menos largo. De pronto, saltó:

PACO –Decime, ¿y no será porque en el fondo a los dos se nos importa un pito de la literatura?

ONETTI –Claro. Sí, claro.



Marcha, N.º 1.091, 12 de enero de 1962.



Quered
p 32

Galeano/Espejos

NATIVO
ARTE  MIHIGAK

Ilustración para artículo periodístico. Archivo *Brecha*.